

CENIZAS DE VERANO

El verano está llegando, lo siento en cada poro de mi piel; un cielo sin nubes se expande por encima de los grandes rascacielos; el mar está tranquilo, como si sintiera que ahora le prestarán más atención; veo las gaviotas volando libremente cuando alzo la vista, y escucho sus graznidos discordantes, que dan a ver su inmensa felicidad. O tal vez sea yo, que lo veo con otros ojos. Y estoy segura de que es la nostalgia, que me vuelve a impregnar el pecho; justo donde debería de estar el corazón.

Se agrupan demasiados recuerdos en mi mente y me resulta duro asumir que ninguno parece de este desconocido y familiar lugar. Aunque después de sesenta años, no debería de haber creído que las cosas seguirían como las dejé; ni siquiera el viento que brota del oeste es el mismo. Ni tan sólo una cara reconozco entre el gentío, cuando antes sabía hasta el nombre de cada piedra y los años de cada palmera. Quizás no me doy cuenta de todo el tiempo que ha pasado. O es que en el fondo no quiero.

Siendo madrileña, debería de gustarme más mi tierra que esta ciudad, pero no es así. Nada se compara a Marbella; respiras aire salado por las calles y sientes necesidad de correr a la playa. La arena, el sol y las olas se sincronizan como nunca antes he visto en mi vida. Este sitio te pide a gritos disfrutar; te enseña a vivir de verdad. O al menos eso me decían la gente de aquí. Y nunca imaginé que tendrían tanta razón.

-¡Perdone! Me despisté y... -dice un muchacho al chocarse conmigo.

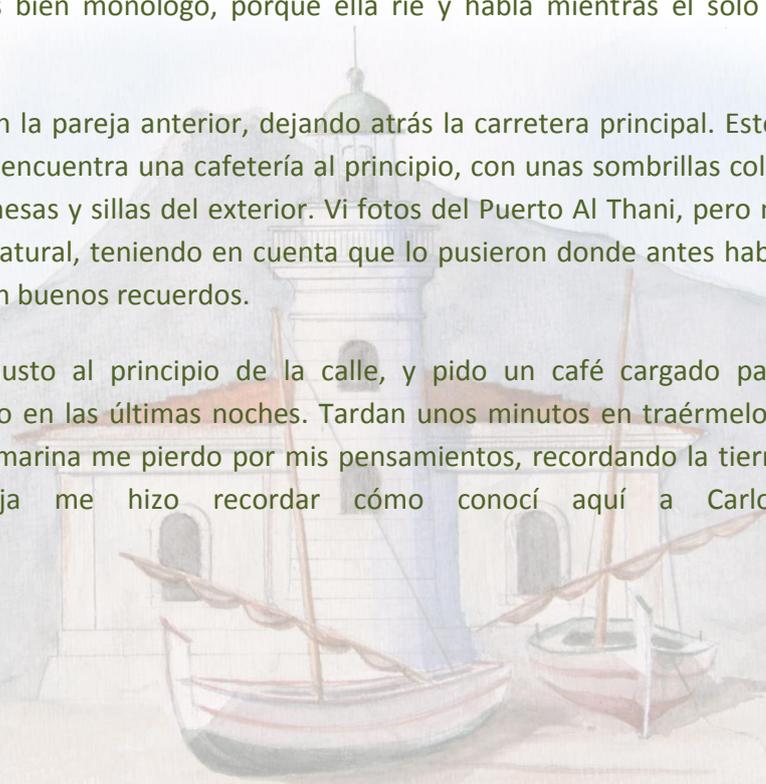
No fue un brusco golpe, pero igualmente me agarra con cuidado del brazo, analizándome con preocupación.

-No pasa nada, estoy bien. -contesto, con la sonrisa más amplia que consigo sacar.

Me sonrío de vuelta y sigue su camino, hipnotizado de nuevo con la chica que tenía a su lado, que supongo que fue el “despiste”. Él le coge de nuevo la mano, con un especial brillo en la mirada. Ella continúa con la conversación, o más bien monólogo, porque ella ríe y habla mientras él sólo la observa en silencio.

Tuerzo a la derecha, aun pensando en la pareja anterior, dejando atrás la carretera principal. Estoy ahora en una corta calle en la que se encuentra una cafetería al principio, con unas sombrillas color chocolate que cubren las pequeñas mesas y sillas del exterior. Vi fotos del Puerto Al Thani, pero no pensé que resultara tan acogedor y natural, teniendo en cuenta que lo pusieron donde antes había estado La Bajadilla, de la que tengo tan buenos recuerdos.

Me siento en una mesa de fuera justo al principio de la calle, y pido un café cargado para despejarme, ya que no había dormido en las últimas noches. Tardan unos minutos en traérmelo y arde. Mientras se enfría con la brisa marina me pierdo por mis pensamientos, recordando la tierna escena de antes. Aquella pareja me hizo recordar cómo conocí aquí a Carlos.



Tenía dieciocho años y esa noche la iba a pasar en una casa por Bello Horizonte, donde habían montado una fiesta. Recuerdo cómo se me contrajo el estómago cuando el chico con el que salía me dejó ahí mismo, frente a todos, mientras la música y risas rompían mis tímpanos. Ahora me río de aquello, pero en mi época adolescente el dolor venía implícito. Y salí al jardín corriendo, sintiendo unas lágrimas ardiéndome las mejillas. Me quedé sollozando en una hamaca junto a la piscina, hasta que escuché una voz algo ronca desde el otro lado.

-Es un idiota. -dijo.

Vi a un chico alto vestido enteramente de negro, con una espalda ancha tras la chupa de cuero que usaba.

-¿Y tú qué eres? -contesté en un medio gruñido.

Se giró lentamente, sorprendido, y vino hacia mí, con aquel cigarro aún en la boca. A pesar de su postura no me parecía lo que intentaba aparentar.

-Yo nunca le haría eso a una chica -y antes de dejarme hablar, siguió-. Lo vi desde aquí.

-Seguro que tan sólo es otra pelea.

-¿Volverías con ese tipo?

Dio otra larga calada, mirando a la nada, y lo tiró al suelo. Lo apagó con el zapato y clavó la vista en mis ojos avellana. Hasta que hablé.

-Él es el chico correcto... -En el lugar adecuado -me terminó él-. ¿Pero por qué hablas de mí en tercera persona?

Giré la cara para reprocharle algo pero me quedé muda. Tenía ojos profundos color carbón, y su pelo ondulado parecía tinta que rozaba sus hombros, además de una medio sonrisa pícaro. No me di cuenta cuándo se sentó al lado mía, pero ahí lo tenía, frente a mí.

-Las casualidades no existen, Samanta.

Fruncí el ceño confundida y alejé mi rostro del suyo.

-¿De qué me conoces... -Carlos. -contestó él.

Pasó un largo silencio antes de que le preguntara de nuevo.

-¿De qué me conoces, Carlos?

-Me fijé en ti cuando te vi entrar por la puerta. No sé.

Y se dispuso a mirar a la piscina, sin nada más que decir, abstraído por quién sabe qué.

-Tienes razón. -dije al rato.

-¿Qué?

-Es un idiota. Ni te imaginas la de veces que pensé en estrellar “su querido coche”. No le importa nada más que ese trasto... -y solté un bufido.

Carlos se reía al verme tan furiosa y pequeña porque, aparte del tamaño, él tendría unos dos años más que yo. Esa sonrisa tan radiante parecía anómala en aquella apariencia tan dura, y parecía tener oxidadas las comisuras, porque lo hizo torpemente. Quise acercarme y nada me lo impedía. Sus rasgos se veían más duros y sus ojos más blandos, a medida que sentía su respiración más pegada a la mía. El reflejo del agua con las luces del fondo de la piscina hacían que sus ojos brillaran. Irónico pensar que algo tan oscuro pudiera iluminar toda una ciudad, ¿no? Pero fue lo primero que pensé al ver sus ojos. Cuando ya sentía sus latidos al compás de los míos, un ruido nos separó.

-¿Qué ha... -pero callé.

Había cristales a unos metros de nosotros, en el césped, y había desaparecido la gran puerta corredera -transparente- por la que entré antes. Aun así, la fiesta continuaba, y podría haber dicho que hasta más “animada”.

-Vamos a un sitio sin riesgo de cristales rotos.

-Estoy de acuerdo. -le contesté, con una amplia sonrisa.

Desde aquel día todo cambió; descubrí con el tiempo que su corazón era el polo opuesto al mío, porque jamás podría separarme de él. Me quedaría corta con decir que fue el mejor verano de mi vida, aunque todo ocurriera tan deprisa. Aún recuerdo cuántas estrellas conseguimos contar en el cielo, en las innumerables noches que pasamos bajo él cerca de Puente Romano. Nos quedábamos dormidos, tumbados en unas toallas, mientras escuchábamos la espuma acariciar la arena.

Y ahora me encuentro aquí, otra vez sobre el lugar que me dio aquellos momentos. Aunque me causa aflicción sentir cómo el pavimento sigue fuerte y yo ya no.

-¡Samanta! -grita una voz masculina.

Giro despacio al escuchar mi nombre y veo a un hombre. Está con una hermosa mujer y dos niños pequeños cabizbajos aferrados a ella. Me acerco a ellos cruzando la carretera, acorralada por majestuosas palmeras de un fresco verde, y voy observando con cada pisada; el turbio mar mece a los barcos anclados que están rodeados por cientos de grises resplandores -algunos son del sol, y otros son peces- que buscan las migas de pan que les lanza la gente.

Me miran con un silencio sepulcral y el albor que rodea sus irises enrojecidos. Me duele verlos así, y no deberían de estarlo. Pero de pronto bajo la vista a mi reflejo y reconozco que pensar aquello sería una hipocresía. A pesar de las leves ondas del agua, puedo ver cómo mi rostro se compone de arrugas que antes no eran tantas. Mi mirada y corto cabello hasta los hombros me recuerdan al color de la luna pero ensuciado. Y el blanco de mis ojos relleno por un rojo sangriento está además acompañado de gotas cristalinas que caen con una lentitud que hace del momento algo eterno.

-Toma, mamá. -dice la mujer a mi lado, apretando más a los dos niños que comienzan a sollozar.

Se apartan y me vigilan a una distancia moderada, mientras seco mis lágrimas con una pequeña y sencilla sonrisa.

-No sólo fuiste el chico correcto en el momento adecuado. -susurro.

No siento el mundo a mi alrededor, tan sólo pienso en el vacío que existe en mi pecho. La mitad de mi corazón se había ido con él.

-Te quiero, Carlos.

Acaricio con dulzura la urna que ahora sostengo entre mis ásperas y finas manos. La abro y vuelco sobre el mar, dejando caer las cenizas que forman parte de mí como lo son mis piernas o mis oídos. Veo flotar lo que un día fue mi marido y el amor de mi vida.

Paula Dueñas García

4º ESO.

Segundo premio del I Concurso de Relatos Marbella Activa.

